

# RECUERDOS PINTORESCOS DE MI VIDA PROFESIONAL

POR VICENTE MACHIMBARRENA, INGENIERO DE CAMINOS

## VI

### Una excursión escolar a Teruel.

RECIBIMIENTO APOTEÓSICO. — BAILE Y BANQUETE EN EL CASINO. — RECEPCIÓN EN EL INSTITUTO DE 2.<sup>a</sup> ENSEÑANZA. — JOSÉ TORÁN DE LA RAD.

En el artículo IX de las "Memorias de la Escuela de Caminos", que escribí en esta REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, dije que, al ser nombrado Director de la Escuela, Cardenera me designó para sustituirle en la Cátedra de Arquitectura, y al cambiar el aire de la clase y la finalidad de la Asignatura, dándole un carácter esencialmente cultural, en vez de técnico, que antes tenía, realicé variadas excursiones escolares que a mi antecesor, por su temperamento frío, no le gustaban, por lo que ni siquiera nos llevó a Toledo; pero cuando, en el mes de mayo, visité con mis alumnos la imperial ciudad y le pasé un oficio relatando el gran número de obras artísticas que habíamos visto, me felicitó por haber aprovechado tan bien el tiempo.

Esto ocurría en 1908. En años sucesivos fui menudeando más estos viajes para que vieran los futuros Ingenieros de Caminos la riqueza artística que encierran gran número de ciudades españolas, y sabido es lo que esto fomenta la cultura.

Creo que fué el año 1910 — escribo sólo fiado en mi memoria — cuando el alumno más brillante de la clase me propuso que en la excursión que había proyectado por Aragón, Cataluña y Levante, regresáramos a Madrid pasando por Teruel, deteniéndonos en esta capital veinticuatro horas. Como era su ciudad natal, me aseguró que tendríamos un recibimiento apoteósico.

He dicho en estos Recuerdos que, al suprimirse la Escuela Politécnica de la calle del Barquillo, en 1892, fuí destinado, cuando menos lo pensaba, a Teruel, capital de unas 12 000 almas, la más atrasada de España, pues había que llegar a ella, entonces, en diligencia, por lo que dejé, para mejor ocasión, la visita a las románticas momias de los amantes. En los dieciocho años transcurridos se había construido el Ferrocarril Central de Aragón, que pasa por Teruel; así que la ocasión prevista era propicia no precisamente para ver las momias, que desencantan ante el recuerdo de los trágicos amores de Isabel de Se-

gura y Marsilla, que llevó a la escena el célebre poeta dramático del siglo pasado, Juan Eugenio Hartzenbusch, y al lienzo, el pintor Muñoz Degraín, sino para visitar la Catedral y las bellísimas torres mudéjares de San Martín y San Salvador, en las que el ladrillo resulta ennoblecido con toques de cerámica dorada y de reflejos metálicos, marchitos por los siglos, gloria de la ciudad, y que la guerra implacable no respetó, en aquellos días glaciales de 1938, de lucha enconada y heroica.

Estas excursiones escolares se prestan a lances pintorescos, y voy a contar los que recuerdo de aquella excursión a Teruel.

Al llegar el tren a la estación, recién anochecido, mi sorpresa fué grande al observar que el andén estaba lleno, con un público numeroso y brillante. Nuestra visita había causado en la ciudad verdadera expectación.

Al saludarme, el Presidente del Ateneo me dijo que, en los salones de este Centro cultural, había organizado un baile en honor nuestro, que terminaría con una cena-banquete. También nos esperaban, como era natural, los compañeros de la Jefatura de Obras Públicas, que se habían ocupado, por encargo mío, de buscarnos alojamiento para pasar una noche.

\* \* \*

Al llegar, poco tiempo después, al Ateneo, vimos que se había congregado lo más selecto de la sociedad turolense, especialmente la flor y nata de la juventud femenina.

Una afinada orquesta amenizaba la fiesta. Al sonar los primeros compases, que anunciaban que se iba a bailar un rigodón de honor, invité, con la solemnidad que el caso requería, a la hermana del Presidente del Ateneo a que fuese mi pareja.

Como se ve, no se había operado todavía el cambio, ya cercano, en las danzas de la sociedad distinguida, ni en el recato que se guardaba en el trato de ambos sexos. Este respeto mutuo se reflejaba en el tratamiento. Se hablaba entonces de "tú" a las hermanas o parientes muy cercanos. A las amigas, incluso a las íntimas, jamás. Se apeaba el "usted" cuando la amiga se convertía en prometida. Fuera de esto, el "tú" tenía carácter deshonesto, lo mismo que el cigarro en boca de mujer. Recuerdo haber asistido al estreno de un drama de Sellés, autor que

adquirió gran celebridad con "El nudo gordiano", drama aquél titulado "Las esculturas de carne", en el que uno de los personajes decía de otros dos, que tenían relaciones ilícitas, que les había oído hablarse "en el infame tú, el tratamiento de los pudores vencidos".

Excuso decir la impresión de ranciedad que esta frase causaría a los jóvenes de ahora, que desde el día en que se conocen apean el tratamiento y encuentran cursi el hablar de usted incluso a las personas de máxima respetabilidad, a las que tampoco se puede anteponer, sin ofenderlas, el don, y sobre todo el doña.

Las chicas de entonces jamás salían a la calle solas. Las acompañaba su madre o persona respetable que la sustituyera. Después se inventó, al relajarse esta sana costumbre, la acompañante asalariada.

Hoy, las niñas de familias que se creen morigeradas, salen solas en busca de los muchachos de su edad, y van provistas de llavín, para entrar en casa a cualquier hora del día, y hasta de la noche, sin sobresalto de sus padres.

Esta digresión la ha motivado el rigodón de honor que se bailó en el Ateneo de Teruel en aquel anochecer de mayo de 1910, al que siguieron tan sólo las polcas simples o mazurcas y los vales de dos o tres tiempos. Los pasodobles y los chotis españoles eran danzas plebeyas, que la gente de rompe y rasga se atrevía a bailar en los merenderos de las afueras, y eran totalmente desconocidos los bailes exóticos (tangos, fox, danzas de tribus negras), francamente deshonestos, que hoy se acompasan al son de orquestas disonantes.

La gente joven se divirtió de lo lindo, y como estaba muy atento a sus conversaciones, me llamó la atención que los alumnos citaran a las muchachas para el día siguiente, al mediodía, en el salón de actos del Instituto de 2.<sup>a</sup> Enseñanza. Así me enteré que en el programa de la estancia en Teruel figuraba la celebración de una "Sesión Académica" en dicho centro de enseñanza, en el que seríamos recibidos por el Claustro de Profesores, y a la que asistiría numeroso público.

Después del animadísimo baile se celebró, en otro salón del Ateneo, un espléndido banquete, en el que, a los postres, se pronunciaron los indispensables brindis de salutación y agradecimiento.

\* \* \*

Antes de separarnos dije a dos de los alumnos que vinieran a mi residencia, pues quería organizar la recepción del día siguiente en el Instituto, para hacer buen papel ante el público, que seguramente esperaba discursos, que no convenía improvisar.

Precisamente había impuesto a mis alumnos la obligación de pronunciar ante sus compañeros de clase junto a mí, unas conferencias sobre un tema artístico, de libre elección o impuesto, y sabía los que tenían facilidad de palabra y suficiente imaginación para lucirse ante el público congregado, en el que dominaría el bello sexo.

A uno de los alumnos que se había mostrado en clase como buen orador, le encargué que hiciera una síntesis del viaje variado que veníamos haciendo, y que escribiese sobre esto, antes de acostarse, unas quince cuartillas, para recitarlas con voz cálida y elocuente.

El otro alumno era, naturalmente, el nacido en Teruel, donde había hecho sus estudios de bachillerato, precisamente en el Instituto que nos iba a recibir, por lo que conocía a varios de los Profesores. Le propuse que hablase de los monumentos artísticos que íbamos a ver por la mañana, antes de ir al Instituto, sobre los que le dí las ideas fundamentales y unas hojas del libro de Lampérez, de "Arquitectura Cristiana española", que acababa de publicarse.

El programa trazado se cumplió tal como fué previsto.

Después de recorrer, durante la mañana, la ciudad, hacíamos nuestra entrada, a las doce en punto, en el Instituto, y acompañados de los Profesores, fuimos al salón de actos, que, como nos figuramos, era pequeño para contener al público, que nos aguardaba con verdadera expectación.

Ocupó la presidencia el Director del Instituto, que entonces me pareció de mucha edad porque tendría quince o veinte años más que yo. De ser hoy, cambiado el signo de esta diferencia, hubiera creído que estaba en lo mejor de su vida. Así ocurre felizmente siempre con la perspectiva de los años, según el punto de vista desde que se les examine.

Pronunció el Director pocas y discretas palabras de salutación, pues inmediatamente dijo que la presidencia del acto debía ocuparla... (aquí me llenó de piropos corteses), y levantándose, me obligó a que cambiáramos de puesto.

Con la emoción consiguiente me dirigí al auditorio para dar las gracias al pueblo turolense, que de modo tan caluroso y cordial nos acogía, y aproveché la ocasión para que mis palabras fueran un ramillete de flores en honor de las bellas muchachas, que con sus encantos estaban haciendo tan gratas las pocas horas que los alumnos iban a pasar junto a ellas, y como éstos querían demostrarlas de un modo ostensible su gratitud, iba a conceder la palabra, sucesivamente, a dos de ellos, para que, poniendo en sus labios el corazón, vieran que estaban heridos con sus flechas, como los de los legendarios amantes.

Se levantó el primero de los alumnos, de que antes he hecho mención, y pronunció un discurso muy

poético, en el que habló del contraste entre la belleza impoluta de la blanca nieve del silboso Pirineo y la del mar azul Mediterráneo. Se le aplaudió con entusiasmo.

A continuación di la palabra al alumno nacido en Teruel, que, al ponerse en pie en el estrado en que estábamos, descendió rápido, para subir a un pequeño púlpito que había en el centro del salón, desde el cual habló con gran soltura y elocuencia. Había sido alumno brillantísimo, con sobresalientes y premios en los estudios del bachillerato. Pertenecía a una de las familias de más rancio abolengo de Teruel; así que todo el público que le escuchaba le conocía personalmente.

Saludó al profesorado, dedicando un emocionado recuerdo a los que, habiendo sido sus Profesores, habían fallecido, y todo su discurso fué un canto a Teruel, ciudad a la que amaba con pasión, como lo demostró en su corta vida.

La ceremonia de esta sesión académica duró una hora, y público y organizadores salimos muy satisfechos. La Escuela de Caminos quedó, como siempre, a gran altura.

Los Ingenieros de la Jefatura de Obras Públicas nos dieron otro banquete en la fonda de la estación del ferrocarril, y la despedida fué todavía más entusiasta que el recibimiento, pues en las veinticuatro horas que duró nuestra estancia en Teruel, los alumnos habían conquistado la simpatía de la ciudad, y ésta la nuestra.

\* \* \*

He hecho en este relato alusiones, sin nombrarlo, al alumno que fué el alma de la excursión. Se llamaba José Torán de la Rad, y llegó a ser notable Ingeniero, muriendo prematuramente el año 1932, a los cuarenta y cuatro años de edad.

Su sentida necrología la escribió, en términos muy bellos, en esta REVISTA, Miguel Artigas, Director de la Biblioteca Nacional y actual Director General de Bibliotecas y Museos del Ministerio de Educación Nacional.

Fué el malogrado Ingeniero amante apasionado de la ciudad que le vió nacer, a la que consagró lo mejor de su breve existencia.

Casi al final de la necrología, dice Artigas:

"El amor es siempre fecundo, y este amor inmenso, traducido en realidades — trabajo, luz, agua, cultura, higiene —, tuvo para él una merecida recompensa. La ciudad mudéjar le abrió el secreto del arte maravilloso de sus torres y artesonados, y el Ingeniero-artista proyecta y construye la Escalinata magnífica, que resume en su simbolismo alto y estético toda el alma de Teruel y todo el encanto del estilo de los viejos alarifes."

Sin comentar la idea que se sugiere en el párrafo copiado, me permito enlazarla con la conferencia que dió Torán, siendo alumno de la Escuela de Caminos, en el Instituto de Teruel.